

www.elboomeran.com

Michele Monina
ESTA VEZ EL FUEGO

TRADUCCIÓN DE EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

EDITORIAL PERIFÉRICA

www.elboomeran.com

ESTO ES PARA RAFFAELE.
Y PARA MARINA Y LUCIA, MIS CHISPAS

–Todos los estudiosos católicos dicen que todo lo que hacemos depende de la libre elección. Pero también dicen que nos hace falta la gracia de Dios para hacer lo que es justo. Piensa en ello, Jean. Si yo hago algo mal es porque Dios no me dio la gracia para hacer lo que está bien. Nada sucede sin su permiso, así que... si este mundo apesta es culpa suya. Yo sólo estoy trabajando con lo que Él me ha dado.

–¿O sea, que si alguien acaba con tres balazos en la cabeza es culpa de Dios? ¿No te da vergüenza?

–No me avergüenzo en absoluto: yo no he hecho el mundo.

ABEL FERRERA, *The Funeral*

ADVERTENCIA

Personajes, lugares y sucesos de esta novela son fruto de la imaginación de Dios y del autor. Ambos declinan toda responsabilidad.

PRIMER TIEMPO
Última parada, Roma

Habría querido hacer una revolución, de momento nuevo ficha.

ASSALTI FRONTALI

Me parece extraño olvidarme siempre de que cuando estamos cansados corremos el riesgo de decir gilipolleces.

BUGO

Preparados...

Bum, cha, uno, dos. ¿Sabéis el olor que tienen normalmente los trenes? Ese olor que parece llevar impreso el logo de los trenes viejos, «efe-efe-ese-ese», como las cortinas grises con líneas rojas o las falsas litografías de las más bellas ciudades italianas. Ferrara. Siena. Los guijarros de Matera. Y este olor es lo primero que me impresiona cuando entro en el compartimiento del tren que va en dirección a Roma.

«OK, nos sentamos aquí, en el sentido del trayecto, al lado de la ventana. Lucia, dame la mochila que la subo... Tengo tanto sueño que me voy a quedar dormido en cuanto me siente.»

«Si quieres dormir, échate ya, que dentro de nada esto será un follón y el viaje es largo y darán voces.»

Peor que en una película de Altman.

Como canta Antonello Venditti, partieron dos y ya eran bastantes, pero con bomba o sin bomba llegaremos a Roma.

«Marco, Roberto, Andrea, Tommy, poneos aquí, sentaos aquí. Vamos a ocupar todo el compartimiento.»

El tren sale. Por la ventana veo pasar las casas en la oscuridad.

La Palombella.

La pequeña Stalingrado, así la llaman.

Éste es el barrio popular más popular de Ancona. Aquí, en la posguerra, para comer, iban a pescar con las granadas de los aliados. Se adentraban en el mar con barcos de pesca, tiraban de la anilla y las lanzaban al agua. *Bum*. Después de la explosión recogían los peces muertos que salían a flote. Había para todos, también para quien no tenía barca. A veces, alguien perdía algún dedo, o incluso una mano, pero después

de la guerra ningún problema parecía irresoluble.

La Palombella, un barrio de gente auténtica, eso mismo, originales como los jeans americanos.

Desde aquí salimos para nuestro viaje. Afuera, la Palombella y la noche y los barrancos y las casas tan silenciosas, casi del todo cubiertas por una tranquilidad inviolable. El caos está dentro del tren.

Son las cuatro y media del sábado por la mañana. Normalmente a esta hora estoy todavía por ahí comiendo porras calientes antes de irme a dormir. Entramos en el bar Dante, en la carretera nacional. A pocos pasos de nosotros están los coches de policía, no ponen el pie aquí dentro: no es cosa suya. Nos dirigimos adonde la señora Nirvana y le decimos «Buenas noches». Y ella nos responde cada vez «Buenos días, no buenas noches», como en una pantomima. Todas las veces que nos tomamos nuestras porras de crema calientes.

Hoy en cambio vamos a Roma, mi gente y yo, para la mayor manifestación política de la posguerra, dicen los periódicos. Hablan de porras, pero no de las de crema.

Jesi, estación de Jesi.

«You, boyz y sisters, éstos son los billetes del tren, pero quien todavía tenga que pagar los diez papeles que lo haga enseguida. Ahora. Dadme el puto dinero, venga. En la mano. Y sobre todo, para la vuelta tenéis que estar en la estación Termini a las quince, quince y treinta como mucho. Si no, tendréis problemas, y a buen entendedor... ¿Lo habéis pillado...?», nos dice con tono sindical el representante de los sindicatos.

«Que se vaya a tomar por culo...», dice Pino.

Lo llaman así porque está flaco como una estaca y tiene la nariz tan larga como el títere de Collodi. Cuando era pequeño jugaba de portero en los partidillos entre amigos que se organizaban en la calle. Una vez se chocó contra la pila de ladrillos que hacía de palo de la portería y se rompió el tabique nasal. Ese día se convirtió en Pino, el rencoroso. Nadie se acuerda ya de su verdadero nombre.

Cuando manda a tomar por culo al representante sindical no está hablando en voz baja.

«Que no crea que puede tratarnos como mierdas sólo porque nos pagan casi todo el viaje en tren. Yo trabajo y el viaje me lo podía pagar solito», dice. «Que les den por culo a él y a sus boyz con zeta...»

Rewind. Las tres de la noche. Estoy tumbado en la cama, lo justo para deshacerla y así no tener que oír a mi madre gritar: «¿Pero cómo vives? ¿Ni siquiera has venido a dormir?», y entonces, para evitar el desastre, estoy tumbado en esta cama y me revuelvo y miro la radio-despertador y son las tres y media y me levanto, cojo la mochila, meto dentro los bocadillos, las cervezas y lo que haga falta.

Me miro en el espejo y pongo cara de duro, como Robert de Niro en *Taxi Driver*.

«¿Hablas conmigo? ¿Me lo dices a mí?»

Venga, Travis, es tarde. Es hora de irse.

Es una tribu que flipa

Duerme, duerme, que después los sueños se desvanecen.

Aún falta mucho para llegar a Roma y, mientras, bebo un poco de Caffèsport Borghetti. En Ancona este licor es un clásico, como las construcciones redondeadas de Alberobello, los *trulli*. En todas las casas hay al menos una botella en la mesa de la cocina, como pasaba antes con el rosoli. Fue una verdadera decepción cuando descubrí que nadie en el resto de Italia sabía lo que era. Como cuando era un niño y mi hermano mayor me mató para siempre a Papá Noel.

Bebo. Cuarenta grados a las cinco de la mañana. Bebo y después le paso la botella a un compañero y después a otro. Todos pegamos la boca a la

botella, la lengua choca contra el tapón irrellenable, a la mierda las enfermedades.

Total, ésta es mi gente.

Somos un poco como una tribu, *una tribu que baila oh, oh*.

Pero después me cabreo porque le pasan la botella también al Etrusco, que es un asqueroso porreta filiforme, del estilo de Tim Roth. Alguien que sólo sirve para hacer anuncios de Calvin Klein. Ahora tendremos que tirar la botella, todos sabemos que tiene como un halo morado alrededor. La enfermedad, en definitiva.

Compañeros del campo y de los talleres, tomad las hoces, traed el martillo, que mientras tanto la locomotora de la anarquía corre, y mientras cantamos, acompañados por los dos acordes típicos –do, sol, porque el que toca hace poco que ha aprendido y aún no sabe hacer acordes con cejilla–, nos acercamos a Roma.

Y hay quien dice que es un escándalo que quien ha escrito *Contessa* trabaje ahora para Costanzo, y para Berlusconi, pero después pensamos en Liguri y en cómo pasó de Lotta Continua a Co-

munione e Liberazione y a Berlusconi, y todo lo demás es poco. Lotta Continua y Comunione e Liberazione, LC y CL. ¿Será esto el famoso razonamiento de que los extremos se tocan, un estúpido juego de palabras que esconde siempre a la misma gente?

Fuera, por la ventana, se percibe cómo la oscuridad empieza a convertirse en amanecer y, dentro, el tren está rojo de vino del Conero y de bufandas del Mágico Ancona y de camisetas del Che Guevara con lemas como *hasta la victoria siempre, la vieja guardia*. Y por la vieja guardia se entiende a los viejos hinchas del Mágico Ancona, el histórico colectivo de los ultras, aquéllos de cuando aún estábamos en tercera.

A alguno ya se le ha subido el pedo y va por ahí vomitando y pasándose las manos por el pelo grasiento. Un montón de jóvenes Nick Cave and the Bad Seeds de la costa adriática yendo a Roma para hacer huelga. Huelga... es una palabra mayor, embarazosa. Pensándolo bien, no sé de qué es la huelga, ya que aquí nadie trabaja. Pero ahí estamos nosotros, filosofando.

En el portaequipajes, sobre nuestras cabezas, hay uno durmiendo entre chaquetas y mochilas. Me duele la espalda sólo de verlo, pero él duerme tranquilo. Aquí abajo hay un vaivén de gente en camiseta de manga corta, como si fuera verano, y sin embargo estamos en noviembre. La cuestión es que hace calor, será el vino... o el humo de los porros que lo nubla todo. Mira todos estos despojos, condenados de la tierra con ojos de enfermo terminal. Convencidos de ser Ice Cube, con la gorra de Los Angeles Raiders en la cabeza y el Scavolini en el corazón.

Camino. Más allá hay más ambiente de fiesta, sueñan bongos y jambeles. *Tum, tum, tum*. Dos tipos hablan en un volumen inhumano, entregados a no sé qué euforia química. Siento como si escupieran sobre John Travolta y el negro de *Pulp Fiction*. Se están contando que Amsterdam es el país de la juerga, la auténtica Eurodisney. El típico muestrario de frikis: historias de chillum, bong, marroquí, libanés & paquistaní. La guía Michelin de los que quieren olvidar. Toda esta exaltación de los porros y la bebida me ha irritado los cojones,

me voy a tener que poner Nivea para rehidratármelos. Me pregunto a qué estamos esperando para crecer, ya tenemos todos cierta edad.